

consonni

**Lola  
Robles**

**Más allá  
de Concordia**







# Más allá de Concordia

**Lola Robles** (Madrid, 1963) es licenciada en Filología Hispánica. Ha publicado las novelas de ciencia ficción *La rosa de las nieblas* (Kira, 1999), *El informe Monteverde* (Equipo Sirius, 2005, reeditada en 2018 por la editorial Crononauta), *Flores de metal* (Equipo Sirius, 2007), *Yabarí* (Cerberó, 2017), *El árbol de Sefarad* (Cerberó, 2018) y el libro *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible* (Stonewall, 2013, coescrito con María Concepción Regueiro).

En el campo de la investigación literaria, se ha especializado en autoras españolas de ciencia ficción y literatura fantástica, feminismos y teoría *queer*. Ha sido seleccionadora y prologuista de la antología *ProyEctogénesis: relatos de la matriz artificial* (Enclave de Libros, 2018); seleccionadora, editora literaria y prologuista, junto con Teresa López-Pellisa, de la antología histórica de escritoras españolas de ciencia ficción *Distópicas y Poshumanas* (Eolas, 2019; dos volúmenes); y editora literaria, junto a Cristina Jurado, de la antología de artículos *Hijas del futuro: literatura de ciencia ficción, fantástica y de lo maravilloso desde la mirada feminista* (consonni, 2021). Su ensayo *En regiones extrañas: un mapa de la ciencia ficción, lo fantástico y lo maravilloso* (Palabaristas, 2016, edición digital, reeditado en 2018 en papel por la editorial Cazador de Ratas) obtuvo el Premio Ignotus 2017 al mejor libro de ensayo.

En 2020 recibió el Premio Gabriel, otorgado por Pórtico, Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, por toda su trayectoria como divulgadora de los géneros no realistas, en especial de autoras.

Desde 2006 imparte el taller de lectura y debate *Fantástikas*, especializado en autoras de géneros no realistas.

En el campo feminista, es autora de *Identidades confinadas: la construcción de un conflicto entre feminismo, activismo trans y teoría queer* (Útero Libros 2021), *Un diálogo sobre gestación subrogada* (con Gracia Trujillo, Útero Libros, 2021), y del prólogo del libro *Feminismo y anarquismo*, de Emma Goldman (Enclave de Libros, 2017).

Instagram: @lolaroblesmoreno

Blog: <http://escritorasfantastikas.blogspot.com/>



Fotografía: Diego Delgado Robles

Autoría **Lola Robles**  
Corrección **Gemma Deza Guil**  
y **Miguel Alpuente Civera**  
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**  
Imagen de cubierta **Jules Inés Mamone**  
**(Femimutancia)**  
Impresión **Imprenta Mundo**  
Printed in Spain

Edición **consonni**  
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D  
48003 Bilbao  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)

Primera edición en español:  
mayo de 2023, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-11-7  
Depósito legal: BI 00400-2023

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons  
CC Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas  
4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0. Los textos, edición,  
traducciones e imágenes pertenecen a sus  
autoras/es.

**consonni** es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

# Más allá de Concordia

Lola Robles







Los concordianos esperaban junto a la pista de aterrizaje. Eran cinco. Ismail reconoció a Einer, por su altura y por su pelo rojo. Sonrió al decirle a Irina:

—Cuando lo vi por primera vez, con esa túnica blanca bordada con hilo plateado, las sandalias y los anillos de plata también, tal como va ahora, pensé que era un elfo. Se movía con la misma gracia. Y la mujer que lo acompañaba era hermosa como un ángel, con aquel cabello tan rubio, la piel del color de la nieve. Yo nunca había conocido a nadie así. Ni yo ni nadie en Kamladur.

Ella frunció el ceño:

—No es más bella la blancura que la oscuridad, ni la piel clara que la que tiene el brillo de la madera de bej.

Ismail se quedó pensando y se apresuró a asentir:

—Tienes razón.

Einer, con la mano haciendo pantalla sobre los ojos, porque el sol le molestaba mucho, y apartándose de tanto en tanto el cabello que el aire arrojaba sobre su rostro, pensaba en Odri. Echaba de menos su compañía. Observó a los tres viajeros: el joven Ismail, la muchacha un poco enfurruñada y el mirguissiano mayor, envuelto en una capa tan azul que parecía negra. Los dos jóvenes, sin embargo, llevaban ropas que no hubiesen llamado la atención en ninguna ciudad grande de Concordia, ni de Funchal, ni de la Tierra. A esa edad siempre se busca diferenciarse de los mayores, pero se termina por vestir como los iguales. Caminó hacia los recién llegados para darles la bienvenida.

Se sentó junto a la cama donde dormía Odri y esperó a que despertara.

–Buenas tardes. He traído cha helado y caliente, y unas galletas de canela horneadas por mí. ¿Cómo prefieres la infusión?

Odri negó con la cabeza.

–Quería contarte que ya están aquí Ismail, Irina y Kadar. Han aterrizado esta mañana. Van a quedarse en casa de Mercurio.

Ante la nueva falta de respuesta, Einer fue en busca de su termo para verter el cha caliente en dos tazas. Añadió azúcar oscura y unas hojas de menta. Puso una taza y un plato con galletas sobre la mesa, junto a la cabecera de la cama, y le pidió a la asistente virtual que no los molestara nadie. Se acomodó de nuevo, en silencio, con su propia bebida en las manos. El paisaje. Siempre había que observarlo y preguntarse cómo

influyó en sus habitantes. También era mejor no partir de ideas preconcebidas. Los espacios de gran belleza no suponían necesariamente que sus pobladores humanos practicasen la paz y el asilo. Pasaba con las selvas y con las islas paradisíacas, donde solían vivir algunos grupos humanos proclives, muchas veces con razón, a defenderse de invasores.

Las montañas del continente habitado de Mirguissa eran agrestes por su flanco meridional. Granito o arenisca, matorrales, cactus que daban flores de extraña belleza. Muy poca agua visible. Aves rapaces, reptiles e insectos. Los lagartos tomaban el sol, todavía tibio, de la primavera. Tenían la piel muy verde, aunque de pronto se volvía azul, según la luz o quizás el miedo a un depredador. Vieron una especie de escorpiones de color dorado. Después sabrían que eran muy venenosos y que los llamaban sigmas. Y soplaba un viento constante, sin piedad, muy distinto al templado y húmedo de Concordia. El de Mirguissa traía nieve y frío cuando llegaba de los picos de estas montañas. También tormentas de arena y calima desde el sur, donde se extendían páramos ardientes en verano. Beda se enclavaba allí, al pie de la cordillera, en medio de un pedregal.

La llamada de auxilio, sin embargo, había partido de una ciudad más lejana, Kirgún, una de las más populosas del planeta. Beda era mucho más pequeña. Al entrar, encontraron a dos personas adultas y una criatura de unos diez años. Odri saludó juntando las yemas de los dedos de una mano con los de la otra, a la altura de su cara, y dijo, despacio, para pronunciar bien en el idioma nativo:

—Somos viajeros llegados de muy lejos. Solicitamos vuestra hospitalidad.

El algadí de Beda los recibió en su casa. Tenía unos cincuenta y cinco años. Llevaba camisa y pantalón de lana teñidos de índigo, un chaleco de cuero, un cinturón muy ancho y botas. Nada en la cabeza para cubrir el cabello canoso, todavía espeso. Había exploradores que no solían describir los atuendos de las gentes de los lugares que visitaban, no les parecía importante. Pero Einer y Odri preferían observarlo todo: ropas, comidas, viviendas y, por supuesto, costumbres; esas convenía conocerlas de antemano.

Su anfitrión era amable, de pocas palabras e imberbe, a diferencia de sus convecinos, que mostraban, casi todos, bigotes o barbas muy pobladas. Hablaba ínter, no demasiado bien, pero lo suficiente para entenderse. Se llamaba Kadar. Les sirvió un licor turbio, dulce y de fuerte graduación, en unos vasos pequeños, junto con tacos de queso curado y un poco picante. Los dos concordianos habían traído, para él, un paquete de café de Jartum.

—Procedemos de Concordia —explicó Odri—. Venimos a conocer a los habitantes de Mirguissa, en misión de paz, sin armas y sin más deseo que un feliz encuentro y comprensión mutua.

—¿Sois dodimis?

—No. Concordia es un mundo pacífico, pero diferente a Vodar. En Vodar hay dodimis; en Concordia, no, salvo si nos visitan.

–Una vez vino un dodimi, era un hombre sabio y risueño. Hace muchos años de eso. Hablaba como vosotros.

–Solo queremos conocer mejor este territorio, las montañas y sus costumbres. Nos dedicamos a la antropología. También tenemos especial interés en vuestra forma de pastoreo, pues en Concordia necesitamos experiencias que nos enseñen. Pero no predicamos nada, como sí hacen los dodimis.

–Os agradezco mucho vuestro presente, el polvo de granos de koffe. Lo beberé en ocasiones especiales. Sé que puede encontrarse en Kirgún, muy caro. Aquí no llega.

–Es de Jartum, lo trajimos en nuestra nave.

–Muy honrado por ello, zens.

Mercurio tenía prole, dos criaturas, Azabache y Rejalgar, de cuatro y un años. Instaló a Ismail e Irina en una habitación grande, y a Kadar en otra más pequeña, pero muy luminosa y con vistas al bosque. Cuando hablaba con los recién llegados, lo hacía tratando de usar el ínter según los principios de paz y de género neutro de su propio idioma. Era bastante difícil. La lengua franca se resistía a ello. Mantenía sufijos sexuales para sustantivos, adjetivos, pronombres y determinantes, además de estar llena de maldiciones, juramentos, insultos y amenazas, convertidos con frecuencia en frases hechas. La violencia verbal y el supremacismo navegaban con alegría en aquel lenguaje construido artificialmente y fácil de aprender. Al fin y al cabo, lo habían creado piratas y contrabandistas estelares, expatriados y comerciantes, para entenderse con

pocas palabras, dejar claras las cosas y amenazar con contundencia durante los negocios.

Los dos jóvenes jugaban con Azabache, mientras que Kadar observaba a la bebé, que sonreía mucho, moviendo pies y manos, y aferrando el pulgar del huésped, entre gorjeos. Mercurio animó al mirguissiano a tomar en brazos a la pequeña y, al ver que no se atrevía, se la acercó cuando él estaba sentado. Así fue la primera vez en que la persona adulta y la bebé tuvieron un contacto corporal directo.

Al tercer día de estancia en Beda, Odri y Einer preguntaron a Kadar cómo podrían acercarse a Kamladur, al otro lado de las montañas. Habían recorrido el pueblo, sus calles de arena y los establos donde los animales se alimentaban de forraje, esperando que la primavera reverdeciese los escasos pastos; después, en el verano, los llevarían a las zonas altas. Beda tenía unas cincuenta casas y aproximadamente medio millar de habitantes. Se consideraba a sí misma una localidad de importancia. Había un ayuntamiento y un colegio, dos tabernas, dos panaderías y varios negocios pequeños donde vendían casi de todo. Nada que ver, eso sí, con el gran bazar y los supermercados de Kirgún, aunque, a su vez, estos últimos parecieran pobres en comparación con los de Concordia.

Cada vivienda contaba con una huerta, no muy grande, pero suficiente para dar verdura y hasta un poco de fruta a una familia. Kadar les explicó que conseguían el agua de depósitos subterráneos, a través de pozos.

–Nuestros pastores tardarán en subir todavía, pero comerciamos con Kamladur –respondió el algadí–. Dos veces a la semana ascienden los buhoneros. Llevan todo lo que allí no tienen y que a nosotros nos llega de las ciudades. Traen queso fresco, laami, frutos silvestres, piezas de caza y algo de pescado de río.

–¿Nos dejarían acompañarlos?

–Podéis ir con ellos. Escribiré al algadí de Kamladur para que os reciba.

Einer dijo entonces:

–Deseamos saber algo más: si nos permitirían asistir a una ceremonia que sabemos que se va a celebrar en la localidad de arriba. Como antropólogos, sería para nosotros una experiencia de gran interés.

–¿A qué te refieres, zen?

–La ceremonia de paso de una vergina. Su promesa.

Kadar se quedó callado unos instantes y luego negó con la cabeza.

–Se trata de algo íntimo. No puede verlo cualquiera.

–Lo sabemos. Pero también es por completo desconocido en nuestro mundo. Por eso queremos estar presentes.

–Tendrían que aceptarlo el algadí de Kamladur y los hombres que participarán en la ceremonia.

–¿Y la interesada?

–No puede decidir nada todavía, salvo su promesa.

Se encontraban en la cocina. La vivienda era oscura. Los gruesos muros de piedra protegían tanto del calor como del frío más riguroso. El algadí vivía solo. Una mujer mayor iba



a diario a limpiar y prepararle la comida. Saludaba a Odri y Einer con un gesto, pero no decía ni una palabra. Llevaba un pañuelo gris en la cabeza, atado en la barbilla, un chal de lana, falda larga y zapatillas de paño.

No habían visto apenas a otras mujeres. Permanecían en las sombras de las casas, protegiéndose, les dijo Kadar, de su presencia, porque eran extranjeros, porque Einer era un varón, aunque tampoco se hubiesen mostrado sin más a la compañera de este. Einer se disculpó por causar tantas molestias, pero preguntó si, cuando no había gente forastera, ellas solían salir.

—Cuando es necesario.

—¿Salen con la misma libertad que los varones?

—Desde luego que no. Las jóvenes núbiles no deben dejarse ver por cualquier hombre. Eso mancharía su honestidad y no encontrarían esposo. Y algo parecido les ocurre a las casadas. Se preocupan por mantener el honor de su marido y su familia. Salen a comprar, nada más. O a visitar a un familiar enfermo. Hay mucho trabajo dentro de su casa. Ocuparse de la huerta, de los animales del establo y de sus hijos pequeños.

—Pero —habló Odri ahora— ¿se da con frecuencia que los varones agredan sexualmente a cualquier mujer que encuentren al aire libre?

El mirguissiano la miró casi escandalizado.

—No, no. No digas eso, zena. No somos unos salvajes.

—Discúlpame, no pretendía ofenderte. Es solo que no lo entiendo.

—Existen formas de mirar que son deshonestas, según nuestras costumbres. El honor es importante para nosotros.

—En Kirgún hemos visto a mujeres caminar solas por las calles, alegres y confiadas. A cualquier edad.

—En las ciudades grandes todo funciona de otra manera, ya lo sabemos. Pero esto son las montañas. Seguimos tradiciones antiguas.

Entre los habitantes de Beda, les había contado Kadar, solo uno de los taberneros había viajado a las estrellas, a Funchal, y volvió con historias atroces sobre el comportamiento de los humanos de aquel mundo remoto, que amaban la violencia y las pasiones sin freno de la carne. Él estaba muy contento de haber regresado a Mirguissa, tras conseguir una pequeña fortuna en una mina funchaliana de cobre, trabajando, eso sí, en condiciones prácticamente de esclavitud. Con ese dinero pudo casarse, montar su taberna y construir una buena casa. Le sobraba para ayudar a sus hijos varones a tener la suya, además de ahorrar la dote de sus dos hijas. La más pequeña, de siete años, corría entre las mesas saludando a cualquier cliente que entrara, también a los concordianos, cuyos cabellos rubio y rojo la dejaron tan asombrada que enseguida los quiso tocar. El padre era muy cariñoso y permisivo con la niña, a la que mimaba sin el menor recato.

Pese a haber escuchado una y otra vez los recuerdos del tabernero sobre los peligros y horrores que acechaban más allá de su cielo, las gentes de Beda habían tratado bien a Odri y Einer, con cierta timidez incluso, no obstante la rudeza natural de sus caracteres, y con gran generosidad. Los varones

los invitaban a entrar en sus casas, les servían licor, el molke, y queso, tazas de laami, una leche agria que a Einer le resultaba de sabor demasiado intenso para su paladar, carne ahumada, dulces y frutos secos. Contestaban todas sus preguntas en torno al pastoreo. No se mostraban curiosos, sin embargo, sobre el planeta del que habían venido, ni siquiera sobre el hecho de que Odri hablase y decidiese en igualdad de condiciones con Einer. Kadar explicó a los visitantes que sus convecinos comprendían que sus costumbres eran otras y las respetaban.

Vivían pobremente, sin muchas variaciones en la dieta. Se notaba que solo se deshacían de las ropas cuando ya estaban desgastadas o rotas por completo. Los terrenos alrededor del pueblo eran bienes comunes. La dureza del clima y las condiciones precarias llevaban a que la hospitalidad fuese considerada un deber. Eso ya lo sabían los recién llegados, por haberlo leído en todos los documentos sobre aquella zona de Mirguissa. Cuanto más arriba en la montaña, más obligado era acoger a los viajeros, ofrecerles refugio, comida y bebida. En cualquier planeta en proceso de colonización hubiese sucedido lo mismo, por la lógica necesidad de apoyo mutuo para sobrevivir en condiciones hostiles. Pero en las montañas de Mirguissa se trataba de una costumbre antigua, que habían traído y conservado los colonos desde su mundo de origen. Ismail e Irina se entusiasmaron en su primer paseo por la capital de Concordia. Aquellas praderas de hierba y colinas que rodeaban la ciudad, los numerosos jardines en ella y, sobre todo, los edificios en forma de flores o de animales les hicieron reír como niños. Blanca y verde, la urbe se extendía

bajo el sol o las frecuentes nubes y lluvias. Que hubiese un río cruzándola de norte a sur les encantó.

Kadar era menos expresivo en su admiración. Le interesaba más la organización social de Concordia, pues, aunque al llegar le pareció muy distinta a la de Beda, poco a poco comprendió que no lo era tanto.

—Al principio, cuando empezamos a habitar este mundo, después de la terraformación —le había explicado Einer—, había una clase dirigente, la de los patricios, y otra de trabajadores y sirvientes. No lo queríamos así, de manera que nos fuimos igualando. También transformamos esta parte del planeta en el paisaje que ves: bosques, lomas, ríos, pequeños lagos, mucha agua y campiña. Fue un trabajo a gran escala, en todas partes. Lo conseguimos porque teníamos los medios y el dinero para ello. Construimos una sociedad pacífica y horizontal, laica y vegetariana, debido a que el número de concordianos nunca ha sido muy elevado y partíamos de principios y objetivos comunes. Ahora, nos enfrentamos al aumento demográfico y a la presión migratoria. Mucha gente de otros planetas quiere venir. Este es un buen lugar, próspero y sin conflictos graves. No hace mucho, una delegación de la que Odri y yo formábamos parte estuvo en Funchal, tratando de lograr una tregua en su conflicto civil. No tuvimos éxito, pero sí un gran número de peticiones de asilo. Tomamos la decisión de acoger a una cantidad concreta de refugiados. Parte de los concordianos prefiere que vivan en poblaciones separadas, por miedo a que no se adapten a nuestra organización social y política. Sin embargo, otros pensamos que, a la larga, eso será más

Imagen de cubierta

**Jules Inés Mamone (Femimutancia).** Dibujante no binarie de Argentina, nació en Villa Gessell en 1989. Participó en diferentes fanzines y publicaciones desde el 2017, como *Clítoris*, *Poder Trans*, *Antología LGTBI*, *Pibas*, *Superbollo*, *Strapazin*, *Kus! Queer Power*, *Walking*, *Finding*, *Sharing*. *A graphic Companion to documenta fifteen*, etc. Autora de las novelas gráficas: *Alienígena* (2018), *Piedra Bruja* (2019), *Banzai* (2021), *La madriguera* (2022). Ganadora del Premio PROA «Todos los tiempos el tiempo» (2020), concurso SOMOS (2020) y la convocatoria SUDESTADA (2020). Participó como invitado de la XV Fiesta del libro y la Cultura, Medellín (2021) y la XI Crack Bang Boom de Rosario (2022). Actualmente trabaja en su última novela gráfica que abarcará la temática de los duelos, la identidad y el aborto entre otras cosas y en una historieta sobre Vampires, cuya primera temporada salió por Webcomic Mutante.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

### **Grupo asesor**

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2023 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López...

**[www.consonni.org](http://www.consonni.org)**

Producimos y editamos cultura crítica

## El origen del mundo

*Más allá de Concordia* se terminó de imprimir en Imprenta Mundo, Cambre, Galiza, el 19 de abril de 2023, en el aniversario de Mariona Mendes da Costa Alcoforado (1640), una religiosa portuguesa a quien se atribuyó la redacción de las *Cartas portuguesas* o *Cartas de amor de la monja portuguesa* (1669), cinco famosas misivas amorosas consideradas como una obra maestra de la literatura universal; de Immanuel Kant (1724), un filósofo prusiano de la Ilustración, precursor del idealismo alemán, considerado como uno de los pensadores más influyentes de la Europa moderna y de la filosofía universal que buscó por encima de todo el enseñar al ser humano a pensar por sí mismo; de Anne-Louise Germaine Necker (1766), baronesa de Staël Holstein, conocida como Madame de Staël, una escritora y *salonnière* francesa de origen ginebrino cuyos libros de viaje fueron muy populares por su precursor espíritu feminista; y de María Zambrano Alarcón (1904), una intelectual, filósofa y ensayista malagueña cuya extensa obra, entre el compromiso cívico y el pensamiento poético, la convierte en una de las figuras del pensamiento español más importantes del siglo XX, por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

Concordia, un mundo pacífico, desarrollado y casi utópico, ha concedido asilo a tres habitantes del planeta Mirguissa. Mientras espera en el espaciopuerto de su ciudad, el concordiano Einer recuerda la primera vez que contactó con los tres mirguissianos que van a aterrizar. Einer y su compañera Odri fueron exploradores antropólogos en aquel planeta de montañas agrestes, donde conocieron el rito de las vírgenes, muchachas vírgenes que, por decisión propia o porque se ven obligadas, se convierten en hombres y desde ese momento son reconocidas como tales. Ese rito ha afectado directamente a los viajeros que llegan.

Los tres asilados, Irina, Ismail y Kadar, tratarán de adaptarse a una sociedad muy diferente a aquella de la que proceden. Tampoco será fácil para Mercurio, la persona que los aloja, pues no admite sus costumbres y tradiciones, que considera arcaicas y sexistas. Por su parte, Einer intenta ayudar a Odri, aquejada de una profunda melancolía desde su estancia en Funchal, un mundo donde se desarrolla una cruenta guerra civil. Odri y los tres mirguissianos, cada cual a partir de su propia experiencia, van descubriendo que Concordia no es una sociedad tan ideal como se cree, sino que se aísla y se protege de realidades no deseadas. Partiendo de la historia real de las vírgenes juradas que existen en países como Albania, la escritora Lola Robles se adentra en la ciencia ficción para hablar también de nuestro mundo y proponer cuestiones sobre la convivencia, el pacifismo y la construcción de la identidad personal y colectiva. Robles nos plantea una utopía feminista y *queer* que no aspira a alcanzar la perfección, sino a asumir sus errores y transformarlos.

«Una estimulante y esperanzadora reflexión sobre los prejuicios de género y la difícil comunicación entre humanos, en la estela de Ursula K. Le Guin».

—**Elia Barceló**

«Esta novela es un ejemplo de cómo crear personajes complejos para hablar de ideas. Descubre un mundo donde el nuestro se consideraría distópico».

—**Sofía Rhei**

IMAGEN DE CUBIERTA

**Jules Inés Mamone**  
**(Femimutancia)**



9 788419 490117



Producimos y editamos cultura crítica  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)